



—¡Adiós, "Perico"!
—¡Perdone, señora! Me llamo Ramón.
—Si no es a usted. ¡Es al sombrero!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Madrid.





BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

LOS FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

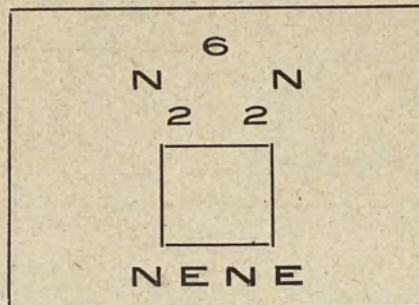
LEYER y COMP. ^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

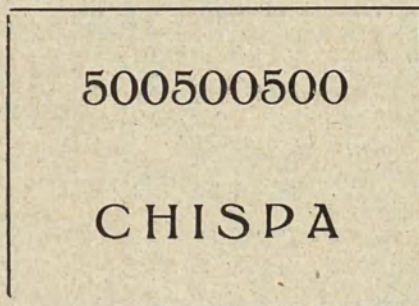
Sección recreativa de "Buen Humor"

por DIEGO MARSILLA

63.—En lugar de un regimiento.

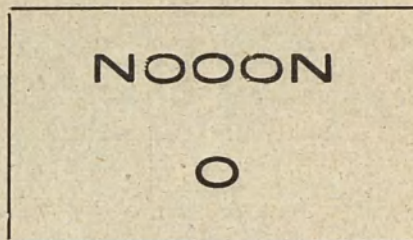


64.—Una pobre mujer.

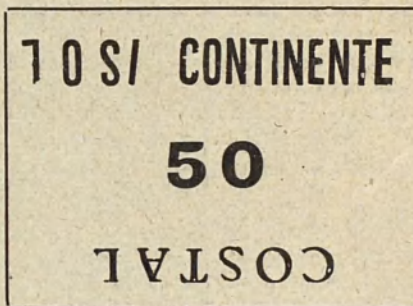


ALBERTO Pulcras de pedida
7, CARRETAS, 7

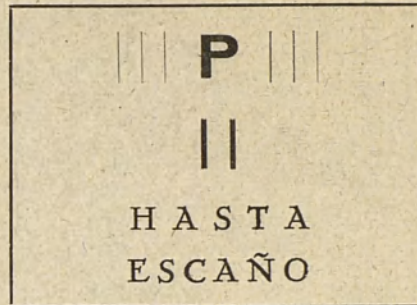
65.—¿Darte yo dinero?



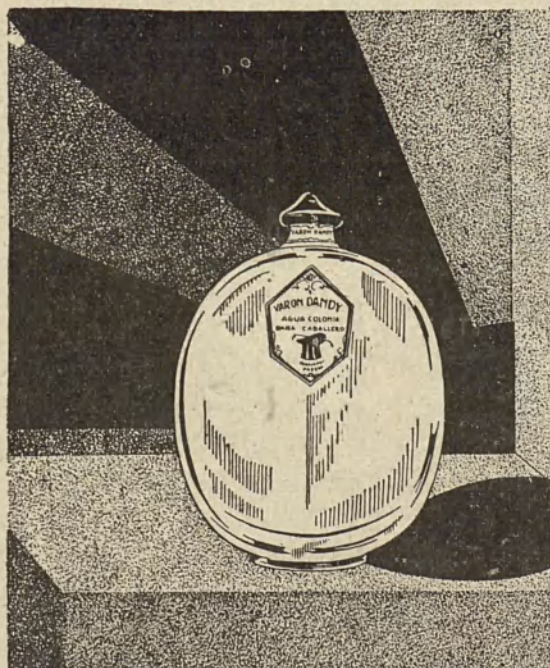
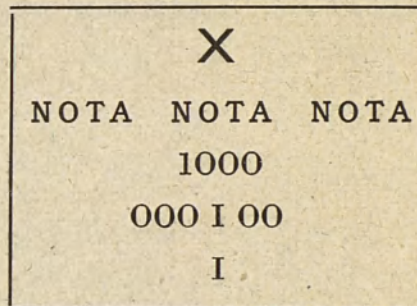
66.—Así haces tú todo.



67.—Romanones, Alhucemas, Alba.



68.—Hay que andar con cuidado.



**Agua
Colonia**

**VARON
DANDY**

EN FRICCIONES
como sedante de los nervios
y lenitivo del cansancio.

COMO PERFUME
su fragancia original es tan
hombrosa, tan propiamente
varonil, que revela la exqui-
sitez y distinción del Caba-
llero que la usa.

*Perfumeria
Parera
Badajona*

Perfumeria Belleza



PARIS y BERLIN
Gran premio y medallas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., matando la raíz sin molestia para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer; absolutamente inofensiva.

Tintura Winter marca Belleza

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas en el acto. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural y castaño claro. Es la mejor, más práctica y más económica.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Polvos Belleza Dan suavidad, distinción y finura al cutis. Colores blanco, rosado y Rachel.

Rhum Belleza y Sirio Belleza (contra las

canas) Usando uno cualquiera de estos productos desaparecen poco a poco los cabellos blancos, devolviéndoles su color primitivo y natural con tanta perfección y disimulo que nadie lo advierte. No manchan ni la piel ni la ropa. Son una novedad científica, pues su acción es debida al OXIGENO del aire. No contienen NITRATO DE PLATA.

Crema Angelical Cutis (líquida) y Al-mendrolina Belleza (pasta espumilla)

Dan al cutis belleza, finura y distinción. Hacen desaparecer las manchas, rojeces, rostros grasientos y demás imperfecciones de la piel. Se preparan en colores blanco, rosado y Rachel.

Brillantina Belleza Da brillo, elegancia, perfume y suavidad al cabello. No es grasienta ni pegajosa, ni se enrancia.

AGUAS DE COLONIA marca BELLEZA

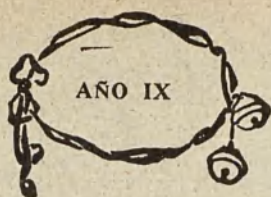
ROSAS Y CLAVELES.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable, aristocrático, intenso y varonil.

FLOR SELECTA (extra-añeja).—Constituye un incomparable bouquet, fino y de gran fijeza y originalidad.

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

AVISO.—Cuando no halle en su localidad el producto que usted desea, pídale a los Fabricantes ARGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (España)



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 23 de marzo de 1930



EL DUELO

DON Acisclo Cobaleda era un alto funcionario de la magistratura, que, por su posición social, tenía que guardar las formas. Viéndole, era uno de esos hombres respetables llenos de prosopopeya, al cual no se le podía uno figurar en actos baladies, ni en momentos ridículos, ni en menesteres vulgares. Era una figura de hombre decorativo, como si hubiera nacido sólo para el alto menester que desempeñaba de administrar justicia. Y don Acisclo, percatado de la alta misión que le estaba encomendada, llevaba su cargo con una dignidad y un enfatismo que la propia figura de Teunís no parecía más austera que la suya, aunque de las manos del señor Cobaleda no pendiera el peso de la justicia.

Pero, es claro; tonto era pensar que nuestro austero figurín pudiera ser así por dentro y por fuera; en su interior, como el de cualquier mortal, tenía sus sentimientos, sus debilidades, sus aficiones.

A don Acisclo Cobaleda le gustaban las mujeres a perder. Veía unas faldas y, ya podían ser de una mesa-camilla, le turbaban. Una pierna bien torneada le causaba entusiasmo; un cuerpo serrano le daba mareo.

Pero todo esto quedaba encerrado en el sagrado de su ser, porque su vida galante era una vida disimulada tras su estudiada seriedad, como tras un biombo se disimula la desnudez de una dama.

Es decir, que si don Acisclo veía una mujer de esas que al resto de los seres nos hace lanzar una exclamación admirativa, dibujaba en su cara un gesto despectivo, aunque en su interior la hembra le pareciera "bocato di cardenali". Se le oía abominar de las mujeres, del desnudo, y tenía en su casa a la Venus de Milo

vestida con una especie de "mono", y a la Maja desnuda tapada con una sábana.

Era un hombre que, cuando faltaba a su casa alguna noche, siempre pretextaba haber velado a un amigo de la infancia gravemente enfermo.

Pertenecía a la Sociedad para la Represión de la Blasfemia, con el solo objeto de alternar en juergas y lugares de mala nota, y, según él, poder reprimir el feo vicio de lanzar interjecciones. No toleraba un ajo ni a un niño de pecho.

Si alguna vez se le veía acompañado de una mujer que no fuera la suya, siempre trataba de justificarlo diciendo que era una prima segunda

que había venido de fuera, o una tía, una mija carnal, que acompañaba a la estación.

Y, sin embargo, este hombre tenía una amiguita.

¡Pero cómo la tenía! El piso lo había tomado para instalar una oficina. En los balcones lucía una muestra, en la que se leía: "Contraseguro de la Lotería Nacional." Pabellón bajo, el cual se ocultaba la instalación de un piso coquetón, donde se entrevistaba don Acisclo con su amorosa pareja.

Pero todas sus precauciones eran inútiles. La gente se había enterado de la vida amorosa del señor Cobaleda, y el título bajo el cual quería ocultar sus trapisondas sólo le sirvió para que le colgaran un mote; le llamaban "Siempre toca."

Así pasaba que el hombre tenía que llevar sus aficiones mujerieles más en secreto aún, a salto de mata, siempre con truco.

Una tarde se murió un amigo suyo, y tuvo que ir al entierro. Había dicho a su amigo que le esperara temprano, pero el entierro se lo impedía.

Marchando en el duelo en la fila de coches, ocupando el suyo, iba pensando cómo se saldría del cortejo sin ser advertido. Tuvo una idea, que le pareció salvadora. Al llegar a la calle de Castelló, que era donde tenía su bombonera, ordenó a su chofer que diera la vuelta disimuladamente.

El mecánico cumplió la orden; pero cuando el coche del señor Cobaleda paró ante la puerta, satisfecho de su idea, vio que una fila de quince o veinte automóviles le seguía.

Sin darse cuenta, los demás coches habían seguido al de don Acisclo, creyendo que seguían al muerto.



Dib. SILENO.—Madrid.

ANTONIO PLANIOL

NOTICIAS FRESCAS

¿Que en Madrid no han soportado muchos el frío que ha hecho?
¡No hay a quejarse derecho del frío del mes pasado!

En Rusia sí; de tal modo ha helado, que, en parangón, Madrid ha sido un fogón (¡con su cocinera y todo!)

Allá, en Rusia (y no son guasas de humorístico escritor) la nieve alcanza mayor altura que muchas casas,

y como en villas y aldeas están los huecos tapados, se ven los hombres forzados a entrar por las chimeneas.

Hay quien se rompe el bautismo sobre las nieves cuajadas.

(Aquí, en algunas barriadas no nieva y pasa lo mismo).

De nieve allí hay tal montón que todo está por igual; no hay forma de capital ni aspecto de población.

(Lo expuesto, claro y sucinto,

es que me lo he figurado; que a Rusia no ha visitado quien no ha pasado de Pinto).

Tapados los cementerios, no hay quien entierre a la gente, y ocurren, por consiguiente, conflictos bastante serios;

tanto, que en vista de tal contrariedad, hay hoy día enfermo de pulmonía, o de otra afección mortal,

que dice que no se atreve de este mundo a despedirse y ha resuelto no morir mientras no quiten la nieve.

¡No se opondrían así a hundir en la nieve el lomo si fueran besugos como algunos que hay por aquí!

Pues ¿y los trenes? ¡Pasmado me tiene lo que estos días ocurre en aquellas vías!... (Y en éstas, por descontado.)

Por la nieve van cubiertos los expresos que circulan,

y, "aunque allí lo disimulan", los que viajan, viajan muertos.

Toda máquina que al frente de un convoy va colocada, lleva leche merengada en lugar de agua caliente...

En fin, hoy es estupendo, terrorífico y nefando lo que en Rusia está pasando con el frío que está haciendo.

¡Y el fresco de aquí nos choca!

¡Y aquí, al salir del teatro, hay quien se tapa con cuatro pañuelos o seis la boca!...

¡Y se cubre aquí (por fuera) mi gachí, a quien yo bendigo, que, aun cuando es mujer de abrigo, no es ninguna friolera!...

Y aquí doy fin (sin fatiga, porque carecen de "miga") a estas noticias grotescas.

Si no son noticias "frescas", ¡que venga Dios y lo diga!

JUAN PEREZ ZUNIGA



—Chica, no hay quien entienda a Juanito; tan pronto adopta un aire de indiferencia, como de arrogancia, como de interés...

—¡Pobrecillo! Es que el médico le ha mandado cambiar de aires.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



—¿De manera que el cuadro completo cuesta trescientas pesetas.

—Sí, señor.

—¿Y llevándome solamente el marco?

Dib. URDA.—Barcelona.

Filosofía baratísima

El vendedor de periódicos es un hombre que se pasa por debajo del sobaco todas las grandes noticias del mundo.

No hay marido que vaya al teatro acompañado de su mujer que no encuentre demasiado flaca a la "vedette". Por lo menos, es lo que dice en voz alta.

No discutas con un hombre que está fumando. Entre chupada y chupada ganará tiempo para encontrar razonamientos.

No hay nada más egoísta que un viajero que sube a la plataforma de un tranvía lleno.

¿Por qué a las monedas, que no pueden constiparse nunca, las suena todo el mundo?

El que va pagando a un teatro, se resigna si la obra es mala. El que va de "gorra", protesta airadamente.

Cada día que pasa se aprende una cosa nueva... ¡Hay que ver lo que debe de saber Raquel Meller!

Cuando las hemoplomias se enseñorean de los pueblos avicordes, la protesta surge rudiente y estamental.

Si eres mujer y quieres dedicarte al teatro, procura ser huérfana. Y si no lo eres, no te dediques hasta que lo seas. ¡Las madres entre bastidores son una rémora social!

Que pongan frente a frente una mujer, un político y un jesuita, y a ver quién engaña a quién.

El lío es morrocotudo.

Arreglar la obra ajena es como herir una mula falsa. Las ventajas de quedar herrada son para la mula, y las coces, para el herrador.

No te cases en mayo, ni en febrero, ni creas en palabra de usurero.

Y si tampoco te casas en ninguno de los diez restantes meses del año, ni crees en la palabra de nadie (aunque

no sea usurero), muchísimo mejor para ti.

El oso, cuando se enamora, tiene la felicidad inenarrable de que no necesita hacer el oso. Porque resulta que ya está hecho antes de enamorarse.

X. X. X.



La señorita.—¿Es verdad que uno de sus libros es de su señora?
El novelista.—Sí; el libro de cheques.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

Más sobre la guerra europea

De la guerra europea se han dicho una enormidad de cosas, pero falta recoger el heroico comportamiento de los vecinos—todos rubios, por cierto—de Fortfort; el lindo y honestísimo pueblo belga. Es un relato emocionante y, con toda seguridad, falso. Verán qué caso más estupendo.

El ejército alemán había llegado descansadamente hasta Fortfort al filo de las cuatro y media de una tarde inclemente y decembrina—creo que hay datos—, con el bello propósito de hacerlo migas pastoriles en breves y animadísimos minutos, y que sus vecinos se pusieran a jugar a las cuatro esquinas con los respectivos e inmutables puntos cardinales. Llovía de un modo desconsiderado y el ácido úrico dejaba entrever sus triun-

fantes cristalizaciones a través de la acuosa y tililante cortina (no es el marqués, ¿eh?, cuidado). Visión horrenda, porque entonces no se sabía ni pío del doctor Asuero (¡hombre!, a propósito: ¿cómo va eso, querido doctor?). Esto, unido a la falta de cerveza y a la inevitable evocación de los hogares con ellas y sin ellos, tenía hecha cisco de retama a toda la tropa alemana.

Bien mirado, Fortfort era una aldehuela de nada, sin veterinario ni banda municipal. Así que, el alto mando, ordenó que no se le tiraran balas de las gordas, para que no dijese, seguro de que su rendición se haría esperar menos que el primer novio. Pero—justo es confesarlo—no contaban con el padre de la chica, y el re-

ferido padre era, en esta gloriosa ocasión, que los fortfortesños tenían la cabeza de basalto reforzado y unos riñones como baúles. Conque calculen ustedes la que se armaría en el cuartel general cuando comenzó a tomar armonioso cuerpo la sospecha de que ni tirándoles piedras de las anchas se rendirían.

Los jefes del Estado Mayor, encajados en sus fuertes y elegantes capotones, lanzaban unos conceptos prusianos con setenta y cinco y ochenta consonantes, capaces de ruborizar a Sigfredo, y se pasaban el día afeitándose nerviosamente la cabeza. El propio Kaiser engomaba desesperadamente los noventa grados de su bigote; pero como si no. ¡Fortfort no se rendía! Y las operaciones, a todo esto, estaban detenidas por culpa de aquella docena de tíos mulos que nadie podía echar de sus casas.

Los jurisconsultos alemanes, estimando conveniente dar un sesgo judicial al asunto, propusieron la incoación de los correspondientes juicios de desahucio; pero el Kaiser se opuso porque eran muchos gastos. Entonces, el estratega deslizó la idea de que las tropas alemanas, aprovechando una noche oscurita y la blandura del piso, se retiraran de puntillas y, dando un pequeño rodeo, pasaran a doscientos metros de Fortfort, como si no le hubieran visto, que tampoco fué aceptada. En vista de lo cual von Reukter, más cuco, lanzó la proposición macho.

—No existe más que un procedimiento: el espionaje elegante.

—¡El espionaje elegante en un pueblo de quince vecinos rubios, von!...

—Sí, el espionaje elegante; no sé por qué me miran ustedes con esas caras de idiotas balcánicos. Todas las guerras, desde la de Yugurta, las ha ganado el espionaje elegante.

El plan a desarrollar era el siguiente: Un soldado alemán llamado Otto—claro—y de Francfort—desde luego—, con el bachillerato elemental y nociones de Filatelia, penetraría en Fortfort vestido de alpinista y cantando "La Arlesiana" para despistar. Una vez dentro de pueblo, Otto se haría amigo del alcalde y de dos tenientes de alcalde, y les suplicaría que le nombrasen sereno de la localidad, cosa bastante sencilla yendo bien recomendado, como iría. Una vez sereno, Otto, valiéndose de su cargo, abriría las puertas del pueblo a las tropas alemanas, y asunto concluido.

La idea, considerablemente ingeniosa, no pudo ser realizada porque Fortfort no tenía ni puertas, ni murallas,



..LORENZO 30

—Tengo un novio con una profesión brillantísima.
—¿Qué es? ¿Joyero?
—No. Limpiabotas.

Dib. LORENZO.—Valencia.

ni cosa análoga, y no era asunto —como advertía la seca nota de Hindenburg—ponerse a construirlas de prisa y corriendo.

Pero como esta historia es, con toda seguridad, falsa, resulta que se reunieron rápidamente los sesenta mil sabios con que Alemania cuenta en todo momento y decidieron:

“Según estadística de trece siglos, que hemos estudiado detenidamente, Fortfort es un pueblo raramente enamorado de la agricultura. Sus procedimientos de cultivo, aunque deficientes científicamente, demuestran un vehemente deseo de obtener bellas y abundantes cosechas, y no sólo desde el punto de vista utilitario, sino, más bien, desde el personal de triunfar de los elementos, y, “sobre todo, el puramente artístico de recrear la mirada en la contemplación de bellas perspectivas. Es decir, que los fortfortesños son poetas de la agricultura”.

Su desesperación en las circunstancias actuales es espantosa. La guerra ha esquilado — involuntariamente, desde luego—sus tierras, y donde ellos esperaban lograr hermosas plantaciones de cereales sólo crece la flor, angustiada y pálida de la muerte. He aquí lo que, según nuestra indiscutible opinión, los tiene moscas.

Así, pues, el único medio de reducirlos ha de ser este: que el ejército alemán proceda a roturar hábilmente los terrenos que rodean al pueblo; siembre en ellos profusión de cereales de la mejor calidad y cuide con esmero y constancia de su cultivo. Cuando llegue la primavera, y con ella las cosechas, es casi seguro que los fortfortesños, al ver las suaves ondulaciones del trigo a requerimientos de la brisa y la fuerte coloración de las cucurbitáceas, no puedan contener su ímpetu virgiliano, y sin violencias, sin coacciones, libre y espontáneamente, salgan del pueblo para comerse, en honestas agrupaciones familiares, sendas y doraditas tortillas. “Este es el momento que deben aprovechar las tropas para entrar en el pueblo y apoderarse de él.” Está en nuestra honrada y sabia opinión.”

Desgraciadamente, los sabios no eran tan brutos como se murmuraba, y su predicción se realizó exactamente.

Al llegar la primavera, los fortfortesños fueron despojados no sólo de su amado pueblo, sino también de las tortillas doraditas, que así, a distancia, se nos figuran a nosotros como discos gramofónicos en que los blancos dientes se disponían a impresionar toda la dicha de la jornada.

Ahora, que si a ustedes no les parece bien la imagen, me la llevo. Ustedes dirán.

SANTIAGO LORENZO



La rubia.—¿Y por qué no quieres traernos mañana a las dos?
El.—No me negarás que es una hora bastante inoportuna.

Dib. PEIRÓ.—Madrid.



—¡Sepa usted, que ante mí se abren todas las puertas!
—¡Hombre! Haga usted el favor de acompañarme hasta casa. Precisamente me he dejado olvidada la llave.

Dib. FÉLIX.—Madrid.

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLON SI Y EL OTRO TAMBIEN

Vendo una colección de *El Sol* y una sombrilla. ¡Como verán ustedes, estoy en todo!... No obstante, si hay alguno que quiera tomar *El Sol* y le moleste llevar la sombrilla, no tendré inconveniente en entrar en tratos con él.—Juan Sudón, Mira el Sol, 14, acera de la sombra.

CAFE TITO

El establecimiento más elegante de Madrid, y cuyo restaurant es el punto de reunión de la aristocracia; mejor dicho: el punto y coma, porque en él no hay persona de buen gusto que no coma.

FIAMBRES. BOCADILLOS. CERVEZAS. EXQUISITAS MERIENDAS, AMENIZADAS POR EL JAZZ-BAND MÁS NOTABLE DE LA CORTE, COMPUESTO DE DOCE PROFESORES NEGROS

No os confundáis y vayáis a creer que las meriendas son de negros también.

¡¡ESTA CASA DESPACHA AL DÍA MÁS FIAMBRES QUE EL CEMENTERIO DE LA ALMUDENA!!

ECONOMÍA, LIMPIEZA, SERIEDAD Y COMPAÑERISMO.

*Rebajas a familias.
No se admiten perros
(más que en las propinas).*

¡¡CRIMINALES, LADRONES, ASESINOS!! No es que pidamos socorro..., es que queremos decir que no realicéis vuestros trabajos sin antes haberos asesorado del eminente jurisconsulto Jacobo Caba del Cabo. Este tremebundísimo abogado os dirá la forma en que debéis perpetrar vuestros delitos con el máximo de garantía y el mínimo de riesgo. Especialidad en consultas para matadores de categoría, criminales pasionales y ladrones de caminos y autopistas asfaltadas. ¡Absolución segura para los asesinos de suegras! ¡Pequeñas penas para los atracadores! ¡Y si la víctima es upetista, afirma rotundamente que nadie tendrá pena ninguna!

Consultas a precios módicos, y gratis para los pobres. ¡El porvenir del delincuente y la regeneración de la clase asegurados!—Domicilio accidental: Cadalso de los Vidrios.

Se desea saber el paradero de un individuo conocido con el nombre de Melquiades Alvarez, para darle una noticia que le interesa.

La noticia es que nos hemos enterado de que Romanones se la quiere jugar de puño, por millonésima vez, y que si no anda listo, se va a quedar a la luna de Valencia, como de costumbre.

PINGARRONI

FOTÓGRAFO ITALIANO

El que mejor retrata actualmente en Madrid.

El único que ha sacado favorecido a Bergamín y preciosa a Loreto Prado. El único que le ha hecho seis americanas a Spaventa, que con una americana tenía bastante, como nosotros tenemos bastante con una española. El único cuyos retratos de Sánchez Guerra están perfectísimos, pero no están hablando, lo que evita el peligro de que digan cosas atroces.

NO TIENE INCONVENIENTE EN HACER FOTOGRAFÍAS DE DESNUDOS, AUNQUE PREFIERE HACERLAS DE DESNUDAS.

AMPLIACIONES ESTUPENDAS

Por estética no admite encargos de ampliaciones de personas cargadas de espaldas, pues, como las amplía muy bien, salen con una joroba que asusta.

RETRATOS DE TAMAÑO NATURAL

Lo mismo fotografío una pulga (con tal de que se esté quieta) que un elefante.

Trabajo aunque esté lloviendo, porque, afortunadamente, en mi casa no hay goteras.

ESTUDIO: FARMACIA, 63.

Casa de Cambio.—Cerro de la Plata, 11 duplicado.—Hago operaciones en mejores condiciones que nadie. Con cincuenta pesetas, doy ciento sesenta francos; con una libra, doy diez pesos (y bien se ve que diez pesos para una libra es una exageración); con un dólar, doy treinta reales; con sesenta liras, doy un concierto armonioso, y con veinte coronas, doy un viva la monarquía de lo más estentóreo que se ha oído.

Cuenta corriente en dos bancos del Prado y en uno de Recoletos.

Seriedad absoluta. Aquí no nos reímos de nadie, por mucha gracia que nos haga.

ASUNTO LUCRATIVO

VENDO TRES MIL PIES DE TERRENO EN LA CUESTA DE LOS COJOS

Aprovechen esta única ocasión para realizar un negocio formidable, pues hay que tener en cuenta que si estos tres mil pies estuvieran en otro sitio que no fuera la Cuesta de los Cojos, en lugar de tres mil pies serían seis mil, que no es lo mismo.

LOS DOY A LA MITAD DE SU VALOR, Y PUEDEN USTEDES CREERME A PIES JUNTILLAS PORQUE SOY UN HOMBRE SERIO.

EVARISTO PIE DE CABRA

LAVAPIÉS, 208.

Cera virgen. La única cera honrada. La única decente. La única que no tiene que avergonzarse de nada. La única que deben adoptar las familias honestas. Es mentira eso de que no hay más cera que la que arde.

¡No hay más cera que ésta! Nuestra afirmación es sincera, aunque también es con cera.

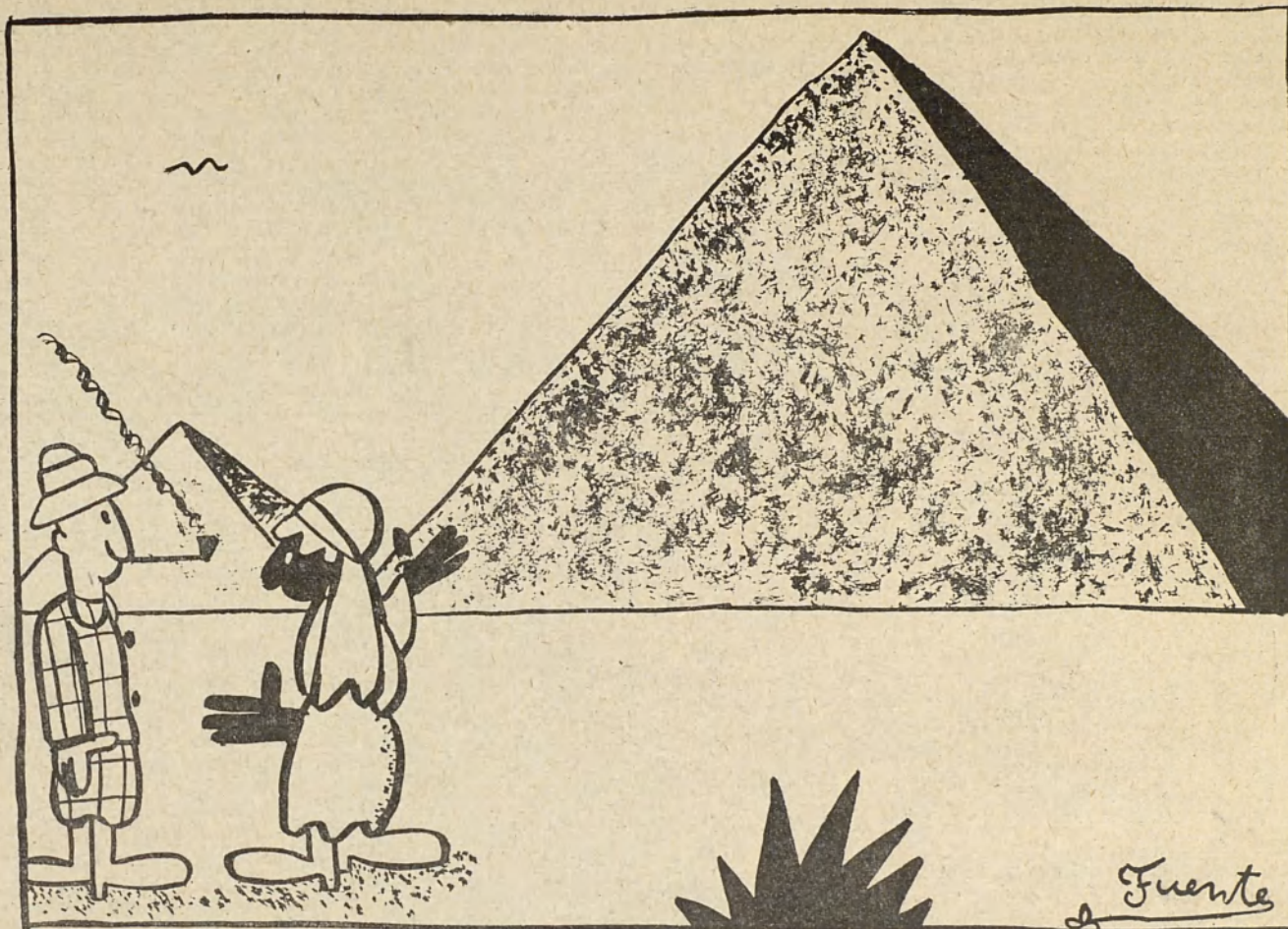
Precio del kilo de cera: cero noventa. Pero, aunque vengan ustedes con el susodicho cero, no hay peligro para la cera. Ya hemos dicho que es virginal y honradísima.

Fabricante: Pedro Cerón, Pacífico, 5.

Tendría sumo placer en contraer matrimonio con viuda en buen uso y con capital. La que se encuentre en estas condiciones puede escribirme a máquina, es decir, muy de prisa. Las señoras que, aunque viudas, estén desencuadradas (quiero decir las que no tengan pasta) absténganse de dirigirse a mí, porque pierden el tiempo.—Lista de Correos, cédula de soltero (que no quiero pagar más y por eso me caso) número 12.775.

AGENTE ANUNCIADOR:

ERNESTO POLO



—¿Y son ustedes antropófagos?

—Ca, no, señor. Aquí no nos comemos más que a los turistas blancos.

Dib. FUENTE.—Madrid.

DEL LUGAR COMUN

UNA ENTELEQUIA

La llegada de un nuevo circo a Madrid hizo desplegar en mí una actividad a la que mis amigos no estaban acostumbrados. Fui uno de los primeros en rodear y molestar a los operarios que trabajaban en su erección; llegué a la estación a presenciar el desembarque de las fieras, del que, sinceramente, salí decepcionado, ya que ningún tigre se escapó, haciendo de paso alguna víctima, y logré aprenderme y retener en la memoria los planos que habían fijado en las vallas anunciadoras; conté y reconté las localidades; hice números, les calculé las ganancias, por ese afán tan dado

entre nosotros de cuidar los negocios ajenos; logré contar el número de fieras expuestas, litografiadas—sesenta y seis, ¡palabra!—; me extasié ante la boca abierta del hipopótamo—un bosque de árboles en marfil—, que figura en primer término, y logré, al fin, enterarme de qué quería decir aquella indescifrable “Austan”, que tanto se prodigaba en los planos del circo, hasta enterarme de que indicaba “Salida”, y pensé si no habría más salidas que entradas.

Pero el motivo principal que me llevaba a observar de cerca la vida del circo no era ninguno de los apuntados.

No. Yo, espíritu ingenuo y literario, quería hacerme con un clásico documento humano: el payaso que sufre, y que tantas páginas admirables ha inspirado en toda la literatura mundial. La alegría sana e infantil del circo, del “cliché” periodístico; la tragedia oculta del payaso enamorado de la “ecuyère”, pareja imprescindible en toda compañía circense que se estime. Indudablemente, en el nuevo circo tenía que haber, a la fuerza, un gracioso enamorado y desdichado por una “ecuyère” joven y bella. Y yo le encontraría. Y haría una obra admirable y original (!), en la que el payaso con-

tase sus penas, entre carcajada y carcajada del público que celebraba sus chistes. Y el clown—¡cómo no!—des-teñiría su careta con unos lagrimones como ladrillos, que tendría el buen cuidado de dejar caer en la pista, evitándolas los pies, por si acaso. Y hasta habría un niño que, en su inocencia, diría a su papá, un banquero craso y orondo: "Papá, mira ese "tonto";

¡está llorando!" Así, y persiguiendo este bravo documento humano, acudí puntualmente a todas las funciones, a las cuatro y a las nueve en punto, para que "Monsieur le Directeur" no se molestase, y ayudaba, a la terminación del espectáculo, a la limpieza de la pista, a cambiarse de traje a los artistas, ya que las artistas no me dejaron, y, al fin, conseguí

dos cosas: lo que me proponía, hacerme amigo de algunos "tontos" (de otros francamente idiotas ya lo era), y que "Monsieur le Directeur" me mirase en cierta ocasión con alguna insistencia e inquietud, las que no cesaron hasta que contó el número de fieras y vió que no le faltaba ninguna.

A la salida de las funciones, marchábamos a algún restaurante o taberna, y siempre me tocaba pagar. Observé que todos tenían muy buen apetito y muy poco dinero, y empecé a dudar de parte de quién estaría la tontería. Eran casi todos hombres gordos y alegres, que amaban nuestro vino tinto y el "estofao". Pero, claro era, de momento no iban a abrirme de par en par su corazón, aunque sí su estómago. Y el gracioso paradójico no aparecía. Entonces pensé en las confidencias a que dicen se presta el vino en abundancia, e intenté el procedimiento. Pero, después de emborrachar a algunos—después de no sé cuántas pruebas en contra—, no logré más confidencias que las de saber su edad, las pesetas prestadas y el número de cuentas dejadas sin pagar. ¡Señor, señor, la vulgaridad humana no se corrige! Lo mismo que mis amigos oficinistas.

Al cabo, un día salté de gozo. En un descanso, con el escenario más adecuado: próximas las cuerdas, el piso enarenado, las lonas del circo cubriéndonos, un aro cubierto de papel, roto, sobre unos baúles descansábamos mi amigo el "tonto" y yo. Acertadamente, supe llevar la conversación hacia el tema tanto tiempo perseguido: la mujer y la felicidad de los excéntricos. Entonces, él, en su jerga internacional, dijo:

—¡Ah, signore..., la mujer! Yo estuve enamorado de una "ecuyère" bella, encantadora. ¡Oh, cómo la amaba, signore, y cómo he sufrido luego!

—¿Una "ecuyère"?—le pregunté—. ¿Hace tiempo ya? ¿Era usted joven? Cuente, cuente.

Adivinaba la tragedia.

Y me relató la historia más feroz y pasional que de amor alguno pudiera imaginarse. Fueron felices, se adoraban.

—Entonces—le atajé yo—, un día le traicionó, cuando más felices eran, ¿no?

—Signore, signore, pior, pior "qu'eso". ¡NOS CASAMOS! ¿Comprende, signore? ¡NOS CASAMOS!

Cuando salí del circo, ya no creía en nada. Distráido, me fui a la vía del tranvía, y un "17" me atropelló, matándome.

Desde entonces no he vuelto por ningún circo.



—Y siendo un secreto, ¿por qué me lo has dicho? Ahora podría yo contárselo a todo el mundo.

—No me importa. Diciéndolo tú no se lo creerá nadie.

Dib. FOGUE.—Valencia.

ANGEL DE LAS BARCENAS



ELLA.—Nunca me casaré con el hombre más hermoso que conozca.
EL.—¡Me ha destrozado usted el corazón! Precisamente iba a pedirle su mano.
Ayuntamiento de Madrid

Dib. RAMÍREZ.—Buenos Aires.

EL CINE EN BROMA

UNA ENTREVISTA CON DON LON CHANEY

La busca por los estudios.—Por qué se dedicó al cine.—Su padre.—Su madre. Su sastre.—¿Soltero y sin compromiso?—La llamada telefónica.—El sidol.

Es difícil describir la grandiosidad de los estudios M. G. M., en los que trabaja actualmente ese actor admirable que se llama Harry Cambell, conocido en la mayor parte del Globo por sus seudónimos de "Lon Chaney", "El hombre de las mil caras" y "El Caradura de Chicago". Intentaré, sin embargo, dar a ustedes una idea de la amplitud de tales estudios, diciéndoles que son muy grandes, enormes, tremebundos... En fin, unos estudios como para salir de ellos con el título de ingeniero industrial.

Durante cerca de siete cuartos de hora busco al conserje debajo de las mesas, sin resultado positivo; hasta que no sé quién me advierte que le hallaré en un bar próximo, acompañado del presidente del Consejo de Administración, brindando por la eficacia

de la "Ley seca". Les interrogo afectuosamente:

—Don Lon Chaney. ¿Me hace el favor?

—¿Cómo?

—Don Lon Chaney.

—¿Es algún tramoyista?

—No, un actor.

—¿Qué señas tiene?

—El caso es que... A punto fijo...

Como tan pronto lo he visto de chino, que de negro, que de Segoviano...

—Entonces será preferible que le escriba usted a su casa.

—¿Y no podría pasar un botones y vocear el nombre?... A ver si así...

—Imposible. Están impresionando una película sonora.

—¿Don Lon Chaney?

—Para servir a Dios y a usted.



Lon Chaney, en brazos del famoso cómico George K. Arthur, caracterizado de niño de pecho para interpretar el principal papel de la emocionante superproducción "El que no llora, no mama".

—Perdóneme, pero...

—Quisiera usted asegurarse de mi identidad, ¿no es eso? No me extraña, porque es algo que me está pasando todos los días. ¡Como nadie conoce mi verdadero rostro! Claro que para evitar desconfianzas tengo dos notarios a mi servicio, que dan fe de quién soy. Voy a llamarles.

—No, don Lon. Déjelo. Nos basta con su palabra. ¿Quiere que charlemos cinco minutos para los lectores de BUEN HUMOR? Vamos a ver, ¿cómo fué el dedicarse al cine?

—Verá usted: durante mis cuarenta y cuatro primeros años mis progenito-



Lon Chaney y Gertrude Olmsted con los trajes de máscara con que concurren al último baile del Círculo de la Unión Mercantil. (Fotografía obtenida en el descanso por un individuo que iba vestido de fotógrafo.)

res no consiguieron hacer carrera de mí, ya que ver un libro de texto y darme mareos era todo lo mismo. Hasta que un día mi pobre padre me gritó: "¡Esto no puede continuar así! ¡O coges los libros o te dedicas al cine!

—Y usted...

—Abandoné los libros e ingresé en los estudios.

—¿Es cierto que sus padres eran sordomudos?

—Sí, señor. Y muy sordomudos; de los que ni siquiera pueden decir "papá" y "mamá". Acostumbrado a pe-

dirles dinero por medio de gestos, me fué sencillo hacerme un puesto en la pantalla.

—Luego... ¿no ha tenido usted que luchar mucho?

—Mucho, no. Claro que, como en algunas películas hago de "malo", me atizan al final...

—¿Y cómo descubrió usted esa maravillosa facilidad para caracterizarse de modo que nunca parece el mismo?

—Pues cosas de la vida. Se lo contaré, porque me ha sido muy simpático, pero no diga ni "gorda" a sus lectores.

—Descuide usted, don Chaney.



Lon Chaney es en su vida privada hombre de una educación exquisita. Vedlo aquí, acompañado de varios amigos, jugando a los prohibidos en un bar de Chicago y posando ante la cámara para su próximo film "A los pies de usted, señora".

gativa, montó la guardia en el portal. Se hizo construir una garita de lona y se quedó allí para siempre.

—Entonces...

—Sí; entonces fué cuando se me ocurrió caracterizarme para salir a la calle sin que me peligraran las narices. En los seis años que duró aquel asedio me hice unas nueve mil caracterizaciones distintas. La tarde en que salí del portal caracterizado igual que el sastre, éste murió de una apoplejía fulminante. A raíz de aquello ingresé en los estudios, donde cultivo el mismo género. Aun tengo algunas deudas.

—¿Recibe usted muchas cartas de admiradoras?

—Ya lo creo. Y continentales, un horror.

—¿Cuál es su "film" favorito?

—No lo sé. Acaso "Hombres de hierro", donde desempeñé el papel de maquinista de una locomotora. Es una película hecha a todo tren.

—¿Sabe usted leer y escribir?

—Sí, señor.

—¿Y de cuentas?

—Sumar, restar y multiplicar por cinco.

—¿Le ha hecho alguna entrevista González-Ruano?

—Sí, dos. Una en Calcuta, sobre los

lomos de un elefante de Ceylán, y otra en Getafe, sobre las lomas del Cerro de los Angeles.

—¿Prefiere el drama o la comedia?

—El drama, el drama. Pero así y todo voy a tener que dejarlo...

—¿Y eso?

—Porque los digustos que me tomo para posesionarme del papel me atacan luego al hígado.

—¿Qué hace usted ahora en los estudios?

—Estoy sacando brillo a los metales.

—¿Es usted casado, señor Chaney?

—Perdóneme, pero esa pregunta...

—Es de las que no contesta más que a la familia, ¿verdad?

—Eso es. Pero a la familia... de mi mujer.

—¿Es cierta su fama de hombre belicoso?

—No, señor. Lo que pasa es que cuando se arma bronca no soy de los que se "rajan". Usted sabe que se me llama "el hombre de las mil caras", y ello me anima a no esquivar el bulto. Aunque me rompan la fisonomía de un soplamocos, me quedan las noventa y nueve de repuesto.

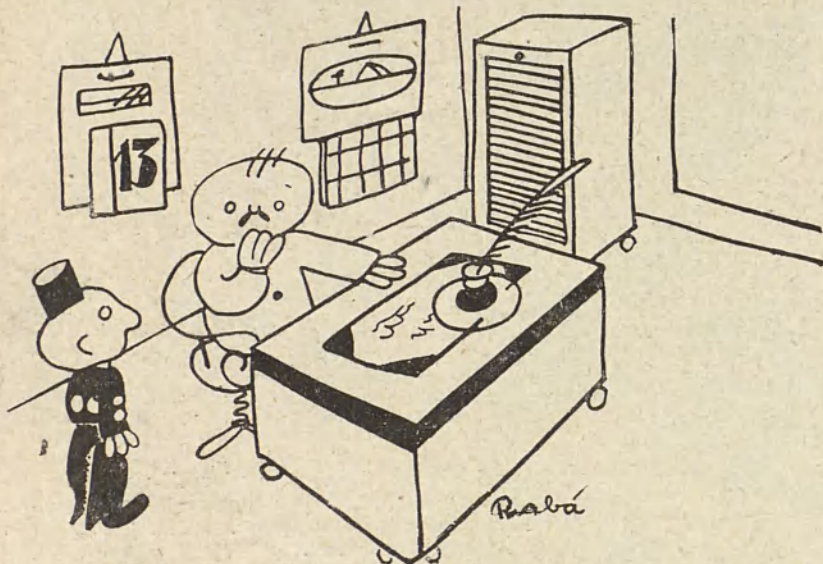
—¿Alguna anécdota, señor Chaney?

—Con mucho gusto. Un día que

Napoleón jugaba al tute con sus mariscales, observó que uno de ellos hacía trampas con más frecuencia de lo que prescriben las reglas de urbanidad. El emperador le llamó a su despacho, y luego de colocarse la mano sobre el pecho con aquel gesto que tanto contribuía a reforzar su personalidad como a que se le manchasen las casacas, le escupió: "Dupont, no hagas trampas... o vamos a medias". El mariscal comprendió la lección, y de allí en adelante ya no jugó más que a la Bolsa.

—¿Cuál es su flor favorita?
—Los espárragos de Aranjuez.
El señor Chaney va a seguir hablando, cuando le llaman al teléfono:
—Perdóneme... Me avisan de los estudios... No saben dónde he puesto el "sidol".
—Entonces... ¿le parece a usted que me retire?
—Sí señor—me dice al tiempo que me estrecha la mano—. Por la puerta se va a la calle.

MANUEL LAZARO
Hollywood, marzo de 1930.



EL JEFE.—¡Hemos olvidado el franqueo de las cartas!
EL BOTONES.—Es cierto. ¡Qué idiotas somos!

Dib. RABÁ.—Madrid.

Romances de ciego

Es costumbre muy usada
por algunos escritores,
Al dirigirse a su amada,
Hablar de los ruiseñores,
De los ríos, de las flores...
Y, por fin, no decir nada.
¡Qué bobada!
¡Para qué esa tontería?
¡No, señor!
¡Menos, menos poesía,
Y más, mucho más amor!

Hay poeta sin fortuna
Que, al describir su pasión,
Habla del fiero aquilón,
De los rayos de la luna,
De la pálida laguna
—Espejo donde se mira
La hermosa entre las hermosas—,
Y, en fin, de otras muchas cosas...
Y casi todas mentira.
¡Y así escriben a su amada!
¡Qué bobada!

¡Más que pasión es manía!
¡Sí, señor!
¡Menos, menos poesía,
Y más, mucho más amor!

Si tú, querida lectora,
Que oyes estas reflexiones,
Te encuentras sin relaciones
Por ahora;
Si con verdad como un templo
No te he parecido adusto
Y, por ejemplo, te gusto,
O te gusto sin ejemplo,
No habrá néctar ni ambrosia
En nuestro amor. No, señor;
Pero tendrás, vida mía,
Un amor al por mayor
Por la noche y por el día.
Que es mejor.
¡Poca, poca poesía,
Pero mucho, mucho amor!

Yo te querré porque sí
Mas ten presente que no

Te llamaré nunca hurí
ni ángel, ni cosas que yo
Oigo llamar por ahí.
Si eres mujer al querer
Y yo tengo esas ideas,
Y te quiero por mujer,
¿A qué compararte a un ser
Que yo no quiero que seas?
Si eres por mi suerte hermosa,
Te llamaré hermosa en prosa,
Que la prosa es mi manía.
¡Sí, señor!
¡Poca, poca poesía,
Pero mucho, mucho amor!

¡Vamos a ver! ¿Para qué
Decir en tono sensible
Que es una almendra tu pie
Cuando eso es un imposible?
¿A qué decir que unos ojos
Tienen tan vivos destellos
Que al mismo sol dan enojos.
Si el sol no se ocupa de ellos?
¿A qué ser un zascandil
Siguiendo de otro el rastro,
Diciendo en tono febril
Que es tu cuello de alabastro
Y tus manos de marfil?
¿A qué engañar a las gentes,
Si no hay persona formal
Que crea en seres vivientes
Que tengan perlas por dientes
Y los labios de coral?

¡Nada de eso!
Pues fuera una tontería
Siendo tú de carne y hueso
Por fortuna tuya y mía.
Sí, señor.
No me pidas poesía,
Pero en cambio, pide amor!

F. CARMONA NENCLARES

PROCREMA
ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



Voy a mi negocio

Si ustedes me declaran indigno de andar entre gentes civilizadas, ¿qué voy a hacerle? Me resignaré estoicamente. Pero, desechando temores, con franqueza, les diré que no soy partidario del llamado feminismo, ni creo que por haber concejales estén los servicios municipales peor atendidos ni que la comicidad de una señora en calzones de bayeta amarilla nos vaya a regocijar más la existencia, porque se haya visto obligado a cosérselos su marido... Comprendo que mi modo de ver la cuestión feminista es más que suficiente para que un individuo se muera de vergüenza. Y, sin embargo, sigo viviendo; y no tengo enmienda, no puedo regenerarme, no me es posible librarme de mis absurdos prejuicios. Uno es débil, a su pesar; nadie somos perfectos... Tan sujetos estamos todos a la flaqueza humana que hombres y mujeres nos afanamos en cambiar besos amorosos, sin hacer caso al aviso científico, en que se nos dice cómo el beso es vehículo de horrendos microbios.

En fin, abominen de mí, si gustan; pero háganme la caridad de no olvidar la máxima: "Odia el delito, compadece al delincuente". Yo, pobre de mí, qué más quisiera sino librarme del ludibrio. Pero debe de ser mi sino.

La víctima inocente de mis errores va a ser mi hija, mi infeliz hijita. Ustedes se harán cargo. ¿Qué educación recibirá esta desdichada niña, siendo el padre un despreciable retrógrado?

Una educación repugnante, sí, señores; pero no puedo evitarlo. Rípite que la fatalidad me arrastra. Compadezcan a mi hija, al darse cuenta de cómo la educaré, para escarnio de estos tiempos. ¡En España había de darse tal caso de oscurantismo! Por mi culpa, por mi gravísima culpa, las naciones europeas, ignoro si también las asiáticas y las otras, nos seguirán mirando por encima del hombro.

Lean, y no juzguen que pretendo tomarles el pelo. Con la educación que recibirá persigo el que mi hija sepa guisar, zurcir, barrer, lavar, asear a mis nietos... Persigo el que sepa atender lo mejor posible a todas las necesidades interiores de un hogar... Y hasta pretendo que no fume el día de mañana...

No sigo, ¿verdad? ¿No pueden oír imposibles mi confesión? ¡Por Dios, no me denuncien, no hagan fracasar mis propósitos y mis miras interesadas! Porque han de saber que mi plan educativo es interesado. ¡Todo tiene uno que decirlo!

Cálmense y atiendan, se lo ruego.

Si resulta eficaz el anticuado método educativo que aplicaré a mi hija, cuando ésta llegue a mujer quizá sea el único ejemplar que exista de esas mujeres llamadas de su casa. Y entonces la llevaré de feria en feria, exhibiéndola en calidad de fenómeno, hartándome de ganar dinero, porque no quedará ni un alma que no pague gustosamente la entrada para admirar tan increíble prodigio. Me resarciré de mis penurias de escritor.

Y así viajaré, rechazando múltiples

peticiones de pretendientes a su mano, hasta que un inglés millonario me haga una proposición irrechazable:

—Mí entegá a osté fago billetes si cásame con ella. Mí quegué única señoquita que sabe guisag a su maguido.

¿Qué? ¿Lo dudan ustedes? Tengan presente que los ingleses son hombres muy estrafularios.

A costa de mi hija, voy a ser rico... Y lo digo tan tranquilo.

Indudablemente, soy un despreciable cínico.

LINO CUESTA



EL NARRADOR.—¿No le he contado a usted lo que me ocurrió en la Patagonia?

LA VÍCTIMA.—¿Es interesante?

—Sí.

—Entonces, no me lo ha contado usted.

Dib. CASERO.—Madrid.

Sin pena ni gloria

Loló, la niña bien que, de seguro, ustedes habrán visto en "tés-dansants" y cines y teatros, poniendo de la moda siempre el mingo; la morenita de áurea pelambreira y rostro alabastrino; la de escuálida línea "estilizada"; la que, retando al frío, ostentaba las corvas gentilmente por bajo de las pieles del abrigo; Loló, la de sí misma enamorada, hará cosa de un mes ha fallecido.

(Guardemos un minuto de silencio... Gracias, lector; prosigo):

Cuando el alma, ya libre, vió gozosa que, si bien empañado un tanto el bri-
[llo,

no tenía ni manchas indelebles, ni trozos corrompidos, cruzó veloz el sideral espacio y se plantó de un vuelo en el Empíreo.

El ángel que la puerta custodiaba la recibió solícito; mas puso torvo el gesto, luego de consultar unos registros, exclamando, encendido en santa ira:

—¡Pérfida! Me has mentido; no eres quien mi dijiste, pues aquella tenía el pelo negro, no amarillo, desbordándose en crenchas abundantes, en vez de un triste peluquín ridículo, y no le dió el Señor cutis de estuco, sino, antes bien, cetrino. ¡Vete, mujer, que aquí jamás entraron engaños ni artificios!

Oyendo la repulsa, de angustia y pena se llenó su espíri-
[tu.

Surcó de nuevo el éter, y, tras mucho vagar sin rumbo fijo, dirigióse a la boca del infierno, allí pensando hallar caliente asilo.

Sin embargo, también se llevó chas-
[co, pues Lucifer miróla de hito en hito y, moviendo la cola con coraje, ya espalda le volvió, dando un bufido.

Y es que el diablo tampoco la conoció, a pesar de ser tan listo, porque, a fuerza de andar por el es-
[pacio,

el pelo se le había desteñido, y ya no había "rimmel" en sus ojos ni vermellón en labios y carrillos.

Desolada, lanzóse a volar otra vez por el vacío, cuando, al pasar junto a una nebulosa, la llamaron, y yendo hacia aquel sitio se encontró, de repente, en un oasis por demás tranquilo, sin penas, ni alegrías, ni afanes, ni inquietud, ni dinamismo; el limbo, en fin, donde, con gran asom-
[bro, vió numerosos rostros conocidos:

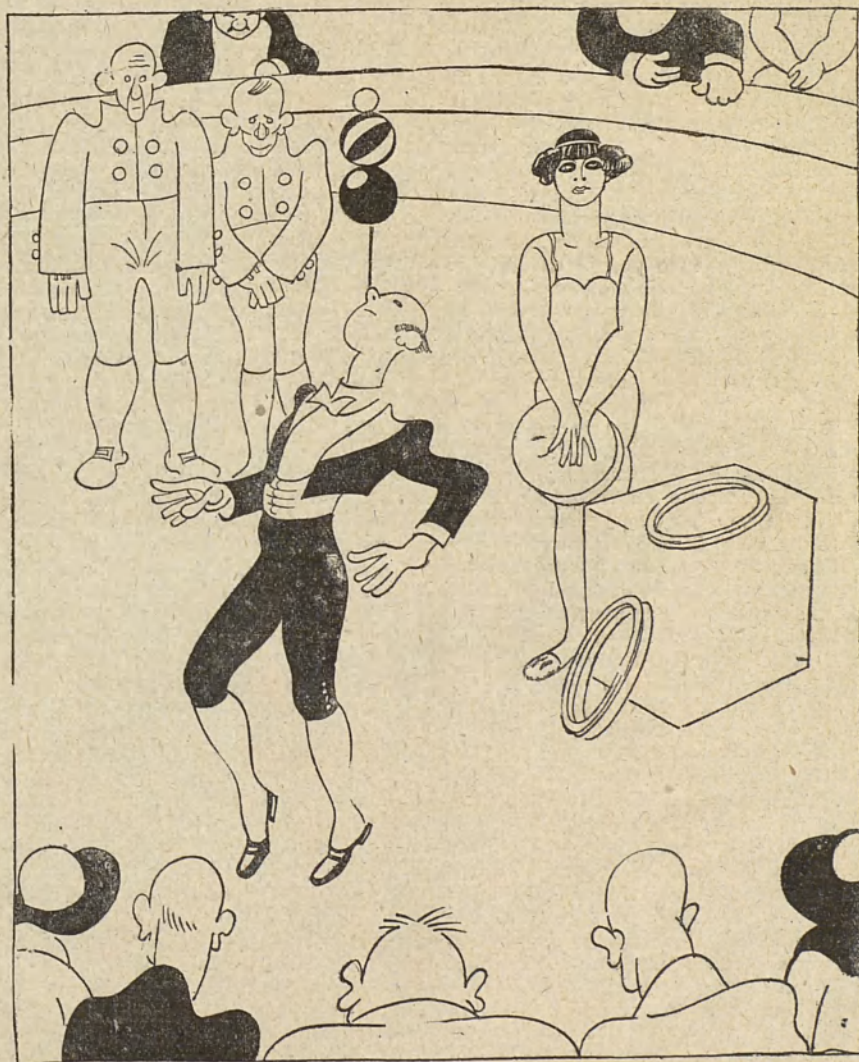
Mimí, Lulú, Totó, Fifi..., incontables de las que aquí bulleron de lo lindo.

La sorprendió el encuentro; pero a [ustedes, ¿verdad que no les choca lo más mini-
[mo?

Porque no es de extrañar que en es-
[tos tiempos,

en que tanto escasea el buen sentido, no pocas niñas bien, que nos parecen ángeles o diablillos, ¡por inconscientes, tontas o infelices, estén también, como Loló, en el limbo!

MIGUEL A. CALVO ROSELLO




El equilibrista del circo.—Pues si me llegan a ver con mis siete hijos cuando ganaba catorce pesetas a la semana... ¡Aquello sí que era hacer equilibrista!

Dib. CASTANYS.—Barcelona.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS



El teatro Odeón-Centro-Calderón-Centro-Calderón

El teatro de Calderón, antes del Centro; antes de Calderón, antes del Centro; antes Odeón, antes casa, antes solar; el teatro hasta ayer de Calderón ha pasado a ser teatro de los Calderones: el Calderón de don Pedro y los calderones musicales.

A nosotros nos extrañaba el doble empeño del duque propietario del inmueble, que se obstinaba en hacer del teatro—no ya sólo por el título, sino por las cartelas colocadas en las barandillas de los palcos—homenaje insistente a Calderón, y se obstinaba, al mismo tiempo, en hacer de aquel teatro un templo de la música y no del verso. “Calderón—nos decíamos nosotros—no ha pasado a la posteridad como libretista de zarzuelas, y menos como autor de partituras. ¿Por qué, pues, ese empeño en llevar al teatro Calderón compañías filarmónicas? ¿No habrían podido encontrar todavía algunos—aunque pocos—actores de verso capaces de cantar los versos bien, sin necesidad de pentágrama?...”

No habíamos nosotros caído en la cuenta de que en el mundo, Lisardo lector, hay más, más calderones. No era justo honrar a uno y dejar en abandono a los restantes.

Al primero se le honró al inaugurarse el teatro, una vez reintegrado a las manos del prócer propietario. Se representó, a todo honor, “El alcalde de Zalamea”. Fué Borrás el alcalde de siempre—como para darle el cargo en propiedad, por derecho propio—; fué Isabelita Barrón la encantadora e insustituible hija del alcalde; fué Ruiz Tatay el capitán por nadie superado, y fueron Marquina y Machado los padrinos de la confirmación o rebautizo calderoniano.

A los otros calderones se les honró noches pasadas con el estreno de la obra “La rosa del azafrán”, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero. Y se les honró, efectivamente, con una de las zarzuelas más cabales que hemos visto en estos tiempos.

Desde luego, no recordamos haber

presenciado casi nunca una representación en donde fuera—como en el estreno de que hablamos—todo a la par, a una misma altura y altura de dignidad sostenida en todo momento: el libreto, la música, la ejecución y la dirección de escena, cuidada, ingeniosa, fértil.

El libreto es modelo de libretos. Esta vez va a ser posible, ¡ya era hora!, pedir un ejemplar de la obra, en la seguridad de que aquello que nos den sea efectivamente ejemplar, cosa que no suele ocurrir todos los días...

¿Qué necesita un libreto de zarzuela para ser ejemplar? Pues varias cosas. Necesita, por lo pronto, que no haya apenas libro; por algo es “libreto”, diminutivo, más o menos italianizado—y desitalianizado—de “libro”. Las compañías de zarzuela se forman con dos clases de comediantes: unos que saben cantar y, con frecuencia, no hablar, y otros que saben hablar, pero que no cantan ni..., íbamos a decir ni una “jota”, pero la jota es difícil de cantar; cambiemos, pues, de letra y digamos que no cantan ni la “h” muda; para ellos la música es—¡miren qué rareza!—letra: letra muerta. Estos que no suelen cantar son generalmente los actores encargados de la parte cómica. No aludimos con esto, sin embargo, a ninguno de los actores cómicos del teatro Calderón (por muchos años); pues cumplen su cometido con sobrada y garbosa competencia; ni queremos decir mucho menos que no sepan hablar artistas de la talla de la Herrero y de Sagi (le quitamos el Barba, porque no lo es, y la Barba, porque no la tiene); pero, en general, las compañías se componen de esas dos clases de actores. Y es natural que así sea: los actores que cobran por cantar, que canten; sí, señor; lo demás no es negocio. No es cosa de comprar un salto de agua y tenerlo sin saltar. Sería antieconómico. Que salte, y a la comba, y con “tocino”. Los cantantes, que canten, sí, señor. Bastantes días del año se pasan roncós o afónicos,

e indispuestos; para una vez que se los coja con voz, no es cosa de que se la guarden.

Hay, además, otra razón para que las compañías de zarzuela se formen de ese modo que decimos: las primeras figuras serias son siempre las encargadas de los sentimientos elevados, y para expresar éstos hay que elevar también la voz más que para los otros sentimientos a ras de tierra. Un tenor, un barítono, han de acometer en las zarzuelas idilios, serenatas, himnos, brindis; han de cantar al amor, o a la espada, o al vino; a todas las cosas grandes e importantes. Todo es lírico de suyo y debe ser entonado, cantado por lo tanto, y no dicho con el tono y con la música con que se le dice al estanquero, v. gr., “tres sellos de a quince”.

Los libretos de zarzuela deben, pues, ser unos verdaderos esquemas, en donde un cuadro y otro cuadro y otro cuadro vayan presentando, en música, los diversos sentimientos pertinentes—del coro, de las parejas, de tal o cual grupito—, y en las pausas o paréntesis—más para descanso que para necesidad de la acción—, unas cuantas viñetas verbales: ya el verso de emoción, ya el juego de elementos chispeantes. Nada más. Ni grandes complicaciones de intriga, ni necesidad de explicaciones. Al buen entendedor, con pocas palabras basta. Los que no saben escribir suelen suplir la sapiencia con la exuberancia. Pero no: “por mucho trigo nunca es mal año”; pero cuando no es trigo y es paja, vale más andar con tiento.

Los señores Romero y Shaw han observado con notoria discreción todas las condiciones antedichas. Los protagonistas hablan poco y no hace ninguna falta que hablen más; alguna situación, como la del cuadro último, en donde ha de mediar entre los protagonistas una explicación delicada, y decisiva para el desenlace de la obra, se resuelve en dos palabras, y cantadas; las palabras son de “copla”; es decir, líricas; o séase “cantables”.

Los cantables las más de las veces no son apenas cantables. En una ópera española salía una damisela gritando por lo serio en un sí de varios bemoles una frase que decía: "Jardínero que cuidas el jardín de mi alma, ¿dónde estás?...". El día que pueda ser cantable semejante frasecita, vengan por nuestra cabeza, que se la entregaremos a ustedes muy gustosos... Lo mismo podríamos decir de otras muchas frases, oídas no hace mucho, que nos alegramos no recordar al pie de la letra, pero que venían a decir sobre poco más o menos:

"Yo he de quererte siempre aunque se atraviesen en nuestro camino sinsabores y contrariedades..."

O bien algo así como esto:

"Amor mío, mujer incomparable, no he visto nada que contigo se pueda comparar en este mundo."

Pongan en solfa esas frases—más en solfa de lo que ya lo están de suyo—, y resultará una cosa ligera y alada, y esbelta como una apisonadora...

En la "Rosa del azafrán" los cantables son cantables; algunos, como los que componen el excelentísimo número del duelo al viudo, podrían constituir un modelo de concepción epigramática para uso de libretistas. Ya el número de las escaleras tiene gracia y movimiento y ligereza; pero la parte mejor del éxito en este número corresponde a la dirección de escena, por completo inusitada, sorprendente por lo poco habituados que estamos a encontrar, en cualquier parte, pero más en las zarzuelas, una rítmica, varia y graciosa movilidad de los intérpretes, y una precisión de gestos y distribución de grupos por completo ajustados a las exigencias de un arte de la escena que yace casi siempre arrinconado. La obra entera está puesta y movida por una mano que tiene autoridad y por una pericia escrupulosa y no corriente. Si es, como creemos, el gran Valentín González el responsable de estas excelencias, un timbre de gloria más que añadir a las trompetas de la fama que ya pregonan muy alto el buen arte de este veterano artista. Las trompetas por un lado y el timbre por el otro, pueden formar una orquestación preciosa.

La destreza del director realza, como decimos, el número cómico de las escaleras, convirtiéndolo, por su sola intervención, en un número casi de "ballet"; pero en el cuadro del duelo, con ser gentilísimo el juego de los grupos, no supera a la concepción y ejecución por parte de los autores del número mismo, que es un acierto de antología dentro del género.



El señor supersticioso.—¡Una herradura! ¡Qué suerte!

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza,

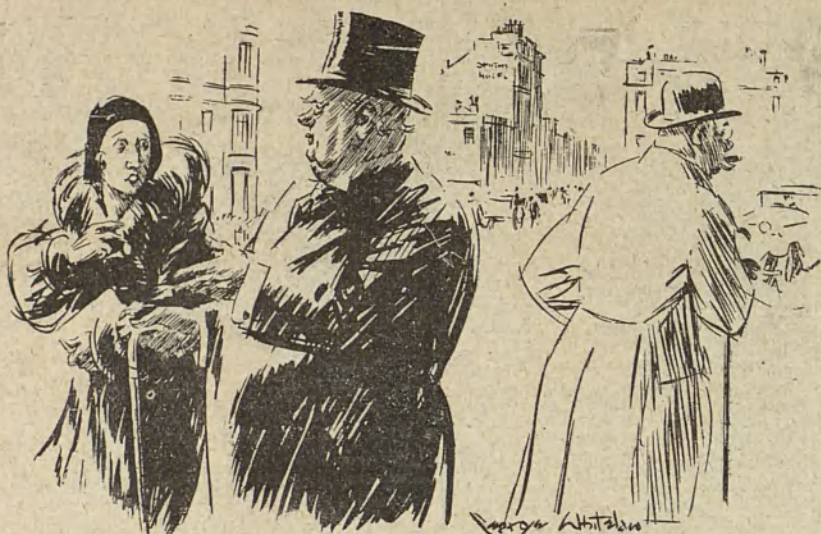
El argumento, lectores, ofrece también, allá en el desenlace, un sabroso acertado maridaje del quiotismo por un lado, y de la picaresca por el otro. Don Quijote y la Celestina de braceo, y resolviendo al alimón un conflicto de castas y fortuna, es un hallazgo feliz, y felizmente resuelto, es algo que se presta a jugosos comentarios. La música estuvo, a nuestro juicio, afortunada del todo y a la altura de lo demás.

Si los Berenguer y los Primo de Rivera y los demás primeros espadas que vayan sucesivamente apareciendo al frente de la nave del Estado, nos permiten emitir nuestra opinión, diremos que Jacinto es el único Guerrero que hoy por hoy—digan lo que quieran los que quieran—puede triun-

far justamente con la batuta en la mano, y puede hacernos bailar, gustosos por nuestra parte, al son que le parezca.

Sólo nos queda para terminar este conmovedor reparto de premios que hemos emprendido en el artículo presente, elogiar como es debido—o sea mucho—a los intérpretes todos; primero—por razones de justicia, no ya de galantería—a Felisa Herrero, portentosa cantante; a la señorita María Téllez, muy graciosa; al gran Sagi-Barba, sobrio y muy dentro del tipo; y en general a todos los demás: a Ramona Galindo, al Sr. Alba, a Eladio Cuevas y etc. Hasta etcétera estuvo bien... ¡Hay días felices!

MANUEL ABRIL



La mujer del doctor.—Es el señor Bronson, ¿por qué no le saludas?
El doctor.—Porque he reñido con él. Le convidé la otra noche a una cena tan buena, que le produjo una indigestión y ha llamado a otro médico.

(De *The Passing Show*.)

Chistes de todo el mundo

La víspera de su ejecución, un irlandés, un escocés y un judío fueron preguntados si deseaban algo especial para cenar. El irlandés pidió un estofado irlandés, el escocés una botella de "whisky" y el judío fresas con crema.

—Pero—protestó el guardián—si no es época de fresas.

—Bueno—contestó el judío—, puedo esperar.

(De *Judge*, New York.)

El huésped.—Sólo un reparto de cartas al día en este barrio. Me voy a quejar a la autoridad.

La doncella.—Y yo se lo agradecería en el alma, porque mi novio es cartero.

(De *Lusige Blaetter*, Berlín.)

El saxofonista.—Quisiera tener dinero para no tener necesidad de tocar siquiera una nota en el saxofón.

El vecino.—Quisiera también tener dinero para dárselo a usted.

(De *Pages Garés*, Iverdon.)

—¿Por qué no me llamaste cuando Mr. Smith quiso darte un beso?

—Porque me amenazó de un modo terrible, mamá.

—¡Amenazas, Dios mío!

—Sí; me dijo que si yo gritaba no nie volvería a besar jamás.

(De *Nebelspalter*, Zurich.)

El amigo.—He oído decir que tu mujer te ha obsequiado con dos gemelos. ¿Son dos niños o dos niñas?

El profesor.—Si no recuerdo mal, es un niño y una niña; pero quizás sea al revés.

(De *Moustique*, Charleroi.)



El rey de los canibales.—¿Qué tengo para comer hoy?

El camarero.—Chauffeur asado.

El rey.—¿Y qué han hecho para los criados?

El camarero.—Pedazos de neumáticos en aceite y vinagre.

(De *The Passing Show*.)

La maestra (después de explicar lo que es una guerra civil).—Ahora, niños, ¿podéis decirme cómo se llama la lucha entre ingleses de un lado e ingleses del otro?

Juanito.—Elecciones generales.

(De *Southwark Recorder*.)

—Usted me dijo que este perro que me vendió era un buen guardián de la casa.

—¿Y por qué no?

—Porque anoche tuvimos ladrones, y el perro ladró tan fuerte, que no pudimos oírles.

(De *Lustige Kolner Zeitung*, Colonia.)

Un editor recibió un poema titulado "Por qué estoy yo vivo".

Y contestó:

"Usted está vivo porque me ha enviado el poema por correo, en lugar de venir a traérmelo."

(De *Ulk*, Berlín.)

La madre.—No me explico de dónde ha sacado Federiquín ese carácter tan dulce.

La mujer.—¡Calla, adulador!

El padre.—Sí; porque yo todavía conservo el mío.

(De *Fann*, Viena.)

—¿Cómo van los planos de su nueva casa?

—¡Magníficamente! Mi mujer ha indicado ya todos los armarios que necesita, y ahora no le queda al arquitecto otra cosa que hacer construir la casa alrededor de ellos.

(De *Ipswich Star*.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

ECONOMIA

Por HENRI MEGUÍN

Choute se preciaba de ser una mujer económica. Con todo escrúpulo tomaba a diario la cuenta a la cocinera, y por un pañuelo que faltara en la entrega de la lavandera era capaz de amotinar el barrio.

Días pasados leyó en la Prensa un anuncio de los magníficos saldos de las Galerías Choche, y dando un salto de alegría, dijo a su marido:

—¡Qué ganga, Alfredo! ¡Combinaciones, a 100 francos! ¡Medias de seda, a 30 francos! ¡Es regalado! Esa casa quiere arruinarse. Mañana mismo iré a comprar allí unas cosas, y estoy segura de encontrar una economía de un 20 por 100.

Al día siguiente, Choute hizo una lista minuciosa de los objetos que pensaba comprar casi regalados, y triun-

falmente proclamó que con 700 francos le sobraría dinero aún para tomar el té.

Por la tarde, Alfredo le encontró nadando en un océano de combinaciones, medias, cintas, sedas, encajes y otra porción de cosas, que al marido le parecieron completamente inútiles.

—¡Querido!—exclamó al ver a Alfredo, en cuyos brazos se arrojó radiante de júbilo—. ¡Qué gangas he encontrado! Ya puedes asegurar que has tenido suerte casándote con una mujer tan económica como yo. ¡La de dinero que te has ahorrado esta tarde!

—¿Te has economizado el 20 por 100 que calculabas?

—¡Ya lo creo! Verás lo que he hecho, y te haré la cuenta de lo que he gastado. Como las Galerías Choche están tan lejos, tuve que tomar un taxi, y he tomado otro para volver, pues no podía regresar a pie con tanto paquete.

—Es natural.

—Pero no te creas que no he tenido contratiempos.

—¿Sí?

—Sí. Me he rozado con un farol acabado de pintar, y me he manchado el abrigo; pero en el tinte me lo limpiarán, y no se conocerá la mancha. Total, 100 francos, una pequeñez.

—Si tú lo dices...

—Pues hay más. Al salir de los almacenes me han robado el bolsillo; pero no te apures. Como cogí 1.000 francos y sólo me había gastado 700, lo que me robaron asciende solamente a 300 francos; como ves, es una miseria.

—¿De modo que has derrochado 1.000 francos, has pagado 40 de taxi, has estropeado un abrigo nuevo, y dices que has hecho el gran negocio?

Choute miró a su marido con asombro.

—Y lo repito: el gran negocio. Si en vez de ir a la Galerías Choche hubiera comprado todo esto en las Galerías Reales me habría gastado tres veces más.

Y añadió, con gran desencanto:

—Está visto que los hombres no sabéis apreciar lo que vale una mujer económica.



El señor que quiso demostrar a su señora la resistencia del baúl.

(De El Hogar, Buenos Aires.)



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

—¿De manera que es usted corto de vista?

—Sí, señor; no veo casi nada.

El médico del regimiento coge una bandeja y se la pone junto a los ojos al soldado.

—¿Qué tengo en la mano?

—Una peseta.

Rodalito.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

La suegra del juez esta enferma.

El juez.—(Por preguntar algo) ¿Cómo encuentra usted a mi madre política, doctor?

El médico.—Algo mejorada. La fiebre ha desaparecido...

El juez.—(Distraído) ¿Que la busquen inmediatamente!

El carbonero (Madrid).

Dos individuos se están re-priminando por sus recíprocas incorrecciones.

—En primer lugar, usted no tiene educación.

—Sí, señor; sí tengo; pero no es... del todo buena.

Gil Jil.

SIEMPRE PRESA

Sostenes — Fajas — Corsés
Fuencarral, 72.—Tel. 51135

—Hombre, ¿por qué no te descubres en el salón?

—Porque mi carrera no lo permite.

—Pero, ¿qué carrera es la tuya?

—Tenedor de libros.

—Hombre, ¿y porque tengas esa carrera no te descubres?

—Claro que no, hombre,

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

En una casa de huéspedes:

—O me paga usted el pupilage de los dos meses que me debe, o se marcha ahora mismo de casa.

—Gracias por las facilidades. La patrona anterior me exigió las dos cosas...

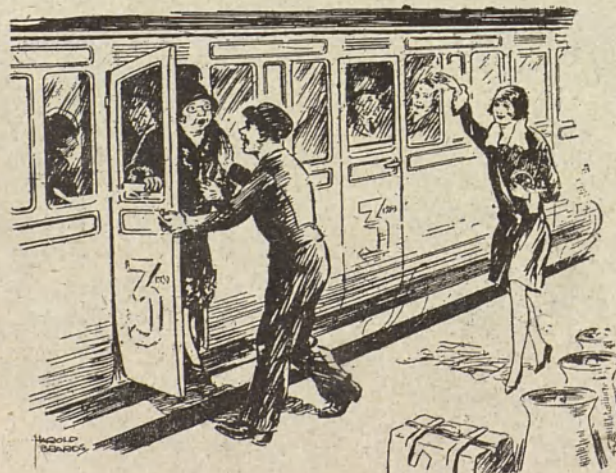
Montañés.

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



—Señora, váyase a su asiento que el tren va a partir.

—Es que quiero dar un beso a mi hija.

—Está bien, señora: yo lo haré por usted.

(De London Opinion.)

¿qué, tú has visto algún "tenedor" que no sea cubierto?
Jas (Valencia).

Un caballero ausente de su casa envía a su señora el siguiente telefonema:

"Me han nombrado académico de la lengua. Mañana salgo para Lorca. Allí me aprontarán lo que tú sabes. Múdate al momento."

La telefonista manda a la señora el telefonema en esta forma:

"Me han nombrado cómic de la legua. Mañana salgo para la horca. Allí me apretarán lo que tú sabes. Muérete al momento."

Madrileña.

Prácticas de cirugía.

El cirujano.—¡Imbécil!, que le ha dividido los intestinos restándole fuerzas al enfermo, ¿ve usted lo que ha hecho?

El alumno, impasible.—Sí, ya lo veo, dos operaciones.

El cirujano.—¿Cómo dos operaciones?

El alumno.—Sí, señor: la división y la resta.

Valentín Yoldi (Zaragoza).

CASA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito.
Modelos desde 2,50 pesetas.

ROMERO — Fuencarral, 68.

La confesión del doctor.

—¿Has hecho un buen examen de conciencia?

—Sí, padre.

—Entonces dime: ¿cuántas veces has faltado al quinto mandamiento?

—Ninguna, padre.

—Siendo como eres médico de profesión, la gloria mereces si dices verdad, hijo mío.

Julio Sanz (Madrid).

En un cierto baile de etiqueta entra un individuo con un frac todo caído para un lado y muy mal hecho. Después de llamar la atención varias veces, se acerca un amigo, y él, encantado de llamar la atención de tal manera, le pregunta:

—¿Qué te parece mi frac?
—Hombre, no digas tonterías; eso no es un frac: eso es un "fracaso".

J. L. T. 275.

—Dime, papá: ¿de quién son hijos los burros?

—De las burras.
—Entonces, ¿por qué me dice mamá burro?
"Er Potito" (Barcelona).

Un pobre diablo fué a que le leyera el sino una pitonisa, y la mujer le dijo:

—Hasta los treinta años estará usted en la miseria.

—¿Y después?...—preguntó el muchacho.

—Después... ¡se habrá acostumbrado a ella!

Anita la Risueña (Madrid).

Llevaban a ajusticiar a un gitano, ya viejo, que iba sobre un burro, como se acostumbra en tales casos, y al observar que el verdugo excitaba al animal para que marchara de prisa, el gitano, volviéndose hacia él, le dijo:
—Gachó, no jarrees tanto al borriquiyo, que no vamos a ningún baile.

Ale (Barcelona).

El guardia al "curda" que lleva a la comisaría, y que por los efectos del morapio va tambaleándose:

El guardia.—Anda derecho (dándole un empujón).

El "merluza".—¡Caracoles! Pues no sabía yo que hasta para ir a la cárcel hay que ser flamenco.

Q. Q. Granaíno (Granada).

El nuevo rico.

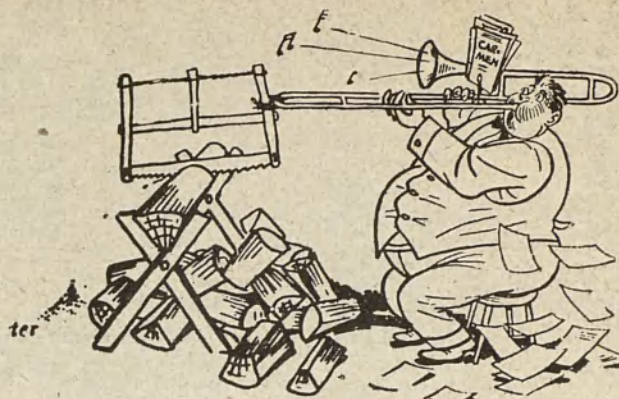
—Estoy encantado de haber venido a Madrid, amigo Pepín. Entré con un duro y tengo diez mil en el Banco.

—Eso no es nada comparado con uno que yo conozco. Ese entró en Madrid con un cortafíos y un martillo, y a los dos días abrió una tienda de joyería.

—¿Y dónde está ese hombre?

—En la cárcel.

Arsenio Vinagre (Madrid).



El arte utilizado para usos prácticos...

(De Kasper, Estocolmo.)

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.
FUENCARRAL, 26, y
MONETRA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género

Entre amigos:

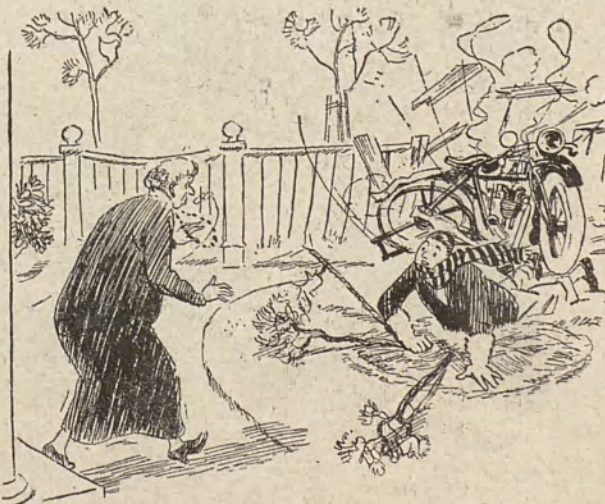
—¿Qué tiene Ramón?
—Creo que la gripe.
—Pues es una enfermedad mala.
—¿Por qué?
—Porque se queda uno imbécil.
—¿Y cómo lo sabes?
—Porque la he tenido.

Tramposo (Alicante).

Al volver de Madrid, cuenta un provinciano a sus amigos las cosas que ha visto. Al hablar de la estatua de Felipe III, en la Plaza Mayor, le pregunta uno de los oyentes:

—Esa estatua ¿es ecuestre?
A lo que contesta el viajero después de meditar:
—Así, así...

Buen Humor (Madrid).



Venía precisamente a darte las gracias, tía, por esta motocicleta que me has regalado...

(De The Humorist.)

—¿Cuál es el colmo de un barbero con novia?

—Pelar "la pava".

Tranquilo (Zaragoza).

En una sociedad están reunidos en junta el presidente y los vocales. De pronto llega uno que faltaba y exclama:

—Señores: aunque tengo una salida de viruelas negras, vengo a la junta.

Al oír estas palabras, todos toman las de Villadiego; todos menos el presidente, que es algo sordo y que, encarándose con el recién llegado, exclama:

—¿Me quiere explicar qué es esto?

—Pues ya lo ve usted: una fuga de vocales

So-Da. (Valencia).

Entre dos que hablan de política:

—De los políticos actuales, ¿cuál es el que menos hemos de temer?

—Por más que pienso, no doy con él.

—Romanones.

—¿...?

—Porque se sabe del pie que cojea.

C. V. M. (Melilla).

Un baturro pregunta a un amigo:

—Chiquío, ¿por qué está la luna tan descolorida?

—¡Mía qué cosa! ¿No ves que pasa todas las noches en vela?

Guillermo Villagrasa (Madrid).

Consecuencias:

Un pescador, que tiene fama de embustero, al tirar de la caña saca una tremenda merluza y exclama lastimosamente:

—Tendré que tirarla al agua; nadie me lo va a creer.

M. A. de los C. (Jerez de la Frontera).

CUPON

correspondiente al núm. 434 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



P. T. M. (Madrid).—Su dibujo constituye un declarado insulto a las reglas del arte y a las de la más elemental urbanidad, y, por lo mismo, ha sido condenado al ostracismo más indecente.

Maese Pedro (Buen).—De los cuatro originales que últimamente nos remitió admitimos uno, que está pendiente de publicación. Reciba nuestros plácemes por tan estruendoso éxito.

Menelado (Madrid).

Simpático Menelado: aunque decirlo lamento, de los "monos" que ha mandado ninguno es un monumento. [dado]

Para camisas a la medida

Madrid-Viena

M. PEÑA

Montera, 41.—Tel. 16662

Lenin y Cía. (Madrid).—Aprovecharemos alguno.

Oscar Porta (Madrid).—Lo mismo le decimos a usted.

Fenelón (Madrid).—Y a usted le decimos exactamente igual.

A. Garzón (Jerez).—Y a usted, por no variar, le decimos lo propio. ¡Vaya cuatro tíos con suerte!

Bonache (Játiva).

Amable señor Bonache: árbol se escribe sin hache.

D. B. T. (Ciudad Real).—Si lo publicásemos, desde luego tendríamos mucho gusto en enviarle el número en que saliera; pero como lo más seguro es que no lo publiquemos, suponemos que entonces lo que habrá que hacer es no mandarle el número. ¿Es eso, verdad? ¡Pues descuide usted, que así lo haremos!

Un recién llegado de Toronto (La Coruña).—Es usted mucho más "toronto" que la población canadiense y fabulosa de donde dice que procede.

N. T. A. (Zaragoza).—Su artículo, o como usted quiera que llamemos a la camelancia que nos envía, se titula "Una imbecilidad..."

Lo que quiere decir que, por lo menos, es usted franco como noble hijo del no menos noble Aragón de nuestros amores.

E. V. P. (Madrid).—Su feroz artículo, atestado de destructora crítica, se titula "¿Dónde está la gracia?"

No es muy fácil contestar a esa pregunta; pero lo que podemos asegurarle a usted formalísimamente, y por la gloria de nuestros muertos, es que en su artículo, desde luego, no está...

Pizkito (Pamplona).

No nos parece bonito lo que nos manda Pizkito.

Es decir, que no nos ha

gustado ni "pizca", ¡y que Pizkito perdone!

L. de M. (Madrid).—¿Conque usted es lector de BUEN HUMOR desde su fundación y ha aprendido usted de nosotros a hacer cosas graciosas? ¡Pues nos está usted deshonrando sencillamente, porque si eso es lo que se aprende leyendo nuestra revista, más vale que reventemos todos!... ¡Usted el primero, como es natural!...

Bible (Sevilla).

El cuento "El amor de Pí", ¡oh caballeresco Bible!, no ha de honraros tanto así. Es una cosa imposible para vos y para mí.

S. C. T. (Madrid).—Por muy guapísima que sea su vecina Marcela, ¿cree usted que hay derecho para presentársela en camisa a los lectores de BUEN HUMOR?... Nosotros, por lo menos, no estamos conformes con ese desnudamiento tan fenomenal... ¡O la viste usted en seguida, o perdemos las amistades!... ¡Pobre mucha-

cha, si se entera de que la hemos visto con todos sus detalles! ¡Del primer síncope, se hace harina!

C. L. D. (Burgos).

Aunque le cueste llorar y aunque su pecho taladre, no podemos publicar "El cuarto, honrar padre y [madre]".

Primero, porque el cuento es viejísimo; y segundo, porque el otro día, que nos lo quiso contar el administrador, le amenazamos con dejarle cesante. Y si el administrador se enterase de que ahora usted nos hacía gracia con el mismo cuento, iba a haber más que voces. Y nosotros no queremos tener disgustos. Eso es todo.

Clerical (Lorca).—¿Conque usted echa el azúcar en el café terrón a terrón y poco a poco?... ¡Pues exactamente lo mismo hemos echado nosotros sus trabajos en el cesto, por el afán de imitarle: cuartilla a cuartilla y paso a paso!... ¿Ve usted qué bien salen las cosas cuando hay armonía entre los amigos?

Kikirikí (Barcelona).

Sus "monos", Kikirikí, unos no, pero otros sí.

Lo que, en regular prosa, quiere decir que verá usted publicados los que menos se figura y cuando menos lo piensa.

P. H. G. (Madrid).—Aquel infortunado monarca se llamaba Enrique "el Doliente", sí, señor, lo sabemos. Pero si el pobre llega a saber lo que usted iba a escribir a su costa, hubiera sido mucho más "Doliente" todavía. ¡Como que el hombre habría quedado de usted, no hasta la corona, sino hasta la coronilla!

E. Forte (Valencia).

El artículo de E. Forte no hay cristo que lo soporte.



—¿Cómo conoces tú la edad de las aves?
—Por los dientes.
—Pero si las aves no tienen dientes.
—Pero los tengo yo...

(De Everybody's Weekly.)



CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—¿Sabes qué edad resulta que tiene Trinita? ¡Trinita y cinco!
—La verdad es que no hay como Trinita para ocultarlos. Se pinta sola.

Dib. de BOSCH.—Barcelona